

LA TRATA, ESLABÓN ROTO DE NUESTRA HUMANIDAD

Flor Maria Rigoni, C. S.

Estas reflexiones nacen de mi experiencia de siete años como director de un programa de rescate de víctimas de trata en Tapachula, Chiapas. El mío no será un artículo científico, sino más bien la tentativa de profundizar un fenómeno que considero detonante a nivel sociológico, etiológico y corolario casi natural de una mentalidad tecnológica y consumista, que desemboca en una permisividad transgresiva.

En este sentido no habrá biografía y las pocas citas son de autores conocidos o de mi memoria de antaño, donde intento enlazar caracteres antropológicos constantes y otros variables.

Haré un análisis de nuestra sociedad moderna y de las características que modelan nuestra visión y nuestras opciones. Partiré de una breve reseña sociológica, para abordar el tema tecnológico y consumista de nuestra mentalidad, hasta la desvinculación ético- moral y finalmente plantear unos aspectos de la trata de personas, escogiendo unos temas dentro de un fenómeno muy complejo.

La sociedad líquida

Zygmunt Bauman habla de una *Sociedad líquida* y casi a manera de corolario de *Amor líquido*, destacando como en un marco de globalización económica y financiera las relaciones humanas y los parámetros de referencia actitudinal navegan mar adentro sobre una tabla inestable.

Un análisis hasta superficial del momento que vivimos nos arroja el cuadro de una sociedad vacilante, envuelta por una bruma indefinida y que se parece más bien a un rompecabezas desecho y aventado en el espacio sin algún orden. Karl Marx con Engels definía al ser humano como tubo digestivo. Hoy en día personalmente me atrevo corregir aquella definición llamando al ser humano un tubo emocional. En mi definición de tubo emocional pongo de manifiesto la actitud ya codificada

a nivel del subconsciente, así como a nivel de mentalización pública (medios de comunicación, contenido de películas y telenovelas, objeto de la mercadotecnia etcétera) según la cual todo es emotivo y se reduce a percepción epidérmica. Cuando hablamos de digitalización y de realidad virtual pensamos de referirnos simplemente a una esfera tecnológica, a un dominio de desarrollo científico. Aquí se anida, creo, la ilusión permanente de esta era: lo virtual y lo digital son vividos ya no como ficción, sino como única realidad. Es un poco como si de repente viviéramos según los sueños de la noche, trasmigrando continuamente a visiones y sensaciones, hasta borrar el día y caminar en la noche como si fuera día.

En el concepto de sociedades líquidas de Bauman o de sociedad espumosa de Sloterijk todo lo que se refiere a estabilidad, reglas, definiciones, institución, etcétera, cae en el vacío. Más aún: es un lenguaje para sordos, porque la volatilidad, el olvido y el desarraigo afectivo se presentan como condición del éxito y la nueva normativa de nuestro hoy. El individualismo que marca nuestras relaciones las torna precarias, transitorias y volátiles. La modernidad líquida es una figura del cambio y de la transitoriedad, *los sólidos conservan su forma y persisten en el tiempo, mientras que los líquidos son informes y se transforman constantemente*. Fluyen como la desregulación, la flexibilización o la liberalización de los mercados. Las transacciones financieras, la volatilidad de las acciones de la bolsa donde suben y bajan sin un rostro ni un nombre definido son al mismo tiempo causa y efecto de nuestro comportamiento cotidiano, hasta la mentalización de que lo movedido es la nueva frontera de la humanidad. Buscamos a tientas, sedientos y hambrientos, toda novedad de la moda y de la tecnología, para caer luego luego en el aburrimiento delante de lo que habíamos anhelado y conseguido. La consigna callada de nuestros días se resume en el concepto de que todo se puede cambiar pronto o es desechable: se empieza por el cicle y los *kleenex*, pasando por el celular, el carro que tiene que ser del año, hasta el matrimonio y el credo religioso.

La perspectiva de nuestro hoy puede aparecer sombría y en parte lo es. Más aún... el horizonte del instante presente que vivimos (porque ya los otros han sido borrados) es incierto, marcado por una globalización donde el capital, vuelto mercado y manipulado por unos pocos, está arrasando con los gobiernos, el concepto de Estado-Nación y finalmente con aquel mínimo de ética social que podía ser compartida hasta por un anárquico.

En uno de sus últimos libros (*Moral blindness*), Bauman enfrenta la dimensión ética de nuestro aquí y ahora.

Se encuentra allí una palabra antigua: *adiaforia* o *adiaforización*, que es la apatía codificada, la indiferencia delante de los demás y de los acontecimientos que me rodean. Actitud conocida en la antigua Grecia por los estoicos y los epicúreos que la llamaban, ataraxia. Existo yo no tanto en el sentido ontológico del término, sino como ser que vegeta, que vive pateando por delante de sí mismo un día tras otro, mirando al propio interés y placer. Podemos citar unas fotos de Instagram donde los juniors presumen sus formas de vivir allende de una lógica humana, de forma descarada, con un lujo desconocido a veces en la misma *Fifth Avenue*.

En este marco, uno de los corolarios que se desprende es el mal como indiferencia delante del dolor ajeno. Lo miro desde lejos, como miro un partido, un atardecer, una estrella fugaz o la oleada del mar desde la playa. *Who cares?*

Nos hemos transformado en una plebe del *chat*, donde nuestra solidaridad y aportación al otro es cuando mucho entrar al *chat* y tal vez pasar una nota al amigo o un video, esta es la nueva forma de la solidaridad moderna para muchos.

El Internet ha abierto por supuesto miles de caminos, sin topes ni alturas o límites de profundidad, hasta hacer exclamar a Umberto Eco que el Internet había abierto el camino a una muchedumbre de idiotas con el derecho de imponer bobadas como verdades. Además, en el Internet tengo la posibilidad de ejercer toda forma de canibalismo y de calumnia quedando en el anonimato, aventando piedras sin que sepan cuál es la mano que la arroja. Puedo convocar a una marcha nacional o planetaria y nadie sabe quién tiene los hilos del títere de turno.

Estamos viviendo en una insensibilidad moral como norma de vida y relacionada a una cosmogonía sin rostros. Para quedarnos en el mundo judío cristiano el ser humano creado a imagen y semejanza de Dios ha volcado las categorías y ha hecho a Dios a su imagen y semejanza, sentándose en su lugar, después de haber tragado el árbol de la vida y del conocimiento del bien y del mal.

Superficialidad consumista

Descartes había acuñado la grande intuición del *cogito, ergo sum...* Hoy decimos: *soy visto, entonces existo; compro, entonces existo; hablan de mí, entonces existo!*

Hemos pasado de la categoría típica del ser humano como ser pensante, racional al nivel fenomenológico de compra-venta, de estadísticas, números o peso monetario. También el *sum* latino, como afirmación ontológica existencial, se ha reducido a sobrevivir, como mencionaba hace poco, a un algo apenas superior al vegetal.

Está desapareciendo la categoría de normal, rutinario, sencillo. *Ser hijo de la prole*, como escribió un día la hija de un personaje muy conocido, es una ofensa. No tendríamos que existir, empezando de mi persona, hijo de un trailerero, que trabajaba hasta 15 horas al día. Somos los invisibles de un mundo artificial, circenses que muestran pájaros enjaulados o animales raros de un *jurassic park* desaparecido.

¿Quieres ser alguien? Vuélvete víctima o victimario, llama la atención, por un momento el *spot light* se enfocará sobre ti, serás un alguien y vólcate a la invitación de Horacio en su *carpe diem*, agarra el instante porque desvanecerá luego luego.

Permisividad transgresiva

Es un corolario de la sociedad líquida. Sin una identidad definida, acostumbrados ya a una flexibilidad de contorsionistas, la dimensión ética con unos valores perma-

mentos y unos criterios de juicio y evaluación determinados, ya no existen. Nos movemos en tierras movedizas, que nos tragan paulatinamente sin regreso.

Me decía una muchacha de trata, de 14 años, originaria de Honduras: “mira padrecito, el día que yo logré subir a Youtube 10 minutos de mi persona, danzando desnuda, yo sentí que era alguien, porque alguien me estaba mirando”.

Patrones tecnológicos y consumistas

Hoy podemos hablar de una *clonación* que pasa de forma transversal a lo largo de nuestra estructura humana, societaria y política. Vale la pena retomar el concepto de McLuhan del siglo pasado y se refería a la idea de que, debido a la velocidad de las comunicaciones, toda la sociedad humana comienza a transformarse y su estilo de vida se vuelve similar al de una aldea, donde todo se rige bajo un control social comunitario. Debido al progreso tecnológico, todos los habitantes del planeta empiezan a conocerse unos a otros y a comunicarse de manera instantánea y directa y como ejemplo, paradigma de aldea global, McLuhan había elegido la televisión, un medio de comunicación de masas a nivel internacional, que en esa época empezaba a ser vía satélite. Desde la televisión hoy las grandes encrucijadas de nuestra historia pasan por Internet y los servidores de Facebook, Youtube, Twitter, Google, etcétera.

El principio que impera en este concepto es el de un mundo interrelacionado, trasversal, donde distancias, fronteras, muros e ignorancia van desmoronándose por una colectividad universal. El chatear, el enviar fotos y contactos en fracción de segundos alimenta la ilusión de lanzar puentes y liberar en plenitud nuestra identidad, sin darnos cuenta, que nos lanzamos al vacío virtual, creando lo que podemos definir los ecumenismos o convivencias lejanas. Los progresos cibernéticos, la revolución de la telefonía celular que está invadiendo áreas desérticas, zonas del tercer mundo hasta ayer incomunicadas, nos ponen delante de un umbral histórico nuevo.

Si antes la globalización era fundamentalmente referida a los procesos económicos, de mercado y de transacciones financieras, hoy la globalización es un factor de cultura, de estandarización de costumbres, de mentalidad, de conocimientos. Las culturas y las etnias se reducen a pocos esquemas impuestos por la cultura dominante del mercado o de los medios de comunicación, cortando así tradiciones seculares y lo específico de un pueblo. Además, hay realidades dramáticas que se ponen al manifiesto con la globalización. Abrimos ventanas, puertas y paredes a través de antenas parabólicas, de comunicación inalámbrica y satelital, y sin embargo desconocemos al vecino de departamento en el mismo condominio. Muere alguien en nuestra calle y ni siquiera nos enteramos y seguimos tomando el café o el sol con el cadáver a lado. Chateamos con China y Alaska, con Argentina y Marruecos y no logramos entablar un saludo con el migrante de paso o recién llegado. Construimos, un tipo de república virtual e imaginaria, pero vivimos en compartos, incomunicados, fortalezas solitarias en medio del trájín de una Babel en la que

se ha convertido hasta nuestro cuarto, bombardeado por miles de mensajes, ofertas, spams, etcétera.

En una lectura histórica, me atrevo afirmar que la globalización reinstaura hoy el concepto clave del Imperio Romano, donde se podía definir el Mediterráneo como *mare nostrum*, imponer la ley territorial con las legiones y las máquinas de guerra. Hoy hemos substituido el imperio territorial con el imperio político, cultural y tecnológico con todo lo que conlleva. Si queremos resumir el concepto, diría que hemos entrado en una homologación transversal de nuestro estilo de vida, modo de pensar y patrones de comportamiento. La homologación se conjuga con clonación, como tendencia y en unos casos violencia para que los estándares económicos, culturales, éticos y la moda en general se apliquen a todo nivel. Es una maquiladora que reduce a los mínimos términos las diferenciaciones, las identidades propias y específicas. Es una carrera, si queremos todavía subterránea, que avanza cual máquina aplanadora, para que todo se simplifique y se acomode a las leyes de la productividad, de un modelo de comportamiento, a la identidad de un cierto tipo de hombre y mujer, etcétera. Me atrevo a decir que la clonación de mentalidades ya está en marcha y podemos volvernos un simple robot en la sociedad.

Desvinculación ético-moral

En el modelo social que se advierte en la globalización, uno de los conceptos que han sido remodelados es la vida como *valor sagrado*. Tal vez sigue siéndolo, pero interpretado desde otra perspectiva. Expresiones como: “la vida nos la transmitieron nuestros padres, pero ellos no nos pidieron permiso para gestarnos; puesto que lo hicieron de su cuenta, o nacimos por su descuido, ahora nos apropiamos la vida y hacemos con ella lo que nos parezca... el cuerpo es mío y lo gestiono como quiero...” la jerga de *bodycard*, como otra *credit card* donde el capital es mi cuerpo como mercancía de negociación, forman parte del diccionario común, por lo menos entre los más jóvenes. De ahí las frases tan trilladas y constantes: “es mi vida, y yo sabré como la vivo...”. En mi vida nadie debe intervenir, por ninguna razón, pues forma parte de mi derecho el realizarla de manera personal, lo que frecuentemente significa de manera individualista y libertina.

Este fenómeno de apropiación nos lleva a usarnos y a usar a los demás, a reducir la vida a su funcionalidad y por lo mismo a su corporalidad, fuente de placeres y de ganancias materiales; la depreciación de la corporalidad, por la edad, trae consigo el desprecio a una vida considerada decadente desde este reduccionismo a lo útil y placentero. Esta nueva postura puede ser un marco interesante para entender por ejemplo las legislaciones abortistas o las que favorecen la eutanasia. En una observación más cotidiana, la podemos advertir en la forma de actuar frente al envejecimiento, en la sobreestimación de la juventud y de la llamada edad productiva; la proliferación de los gimnasios. Hay clínicas para gatos y perros, salones de belleza y hasta cementerios para los mismos.

En contraste construimos asilos a veces bien amurallados para estacionar en ellos a nuestros ancianos como paquetes de estorbo y sepultar así el olvido. Ha muerto la relación con el anciano como fuente de experiencia o de sabiduría. Otra luz roja: la degradación de los sepelios y su paulatina sustitución por un evento breve, lo más breve posible para deshacerse de un cadáver o un puñado de ceniza, y seguir adelante en este vivir pragmático de la existencia, siempre atenta a romper los nexos, a prescindir del pasado y solo habitar en la fugacidad del momento presente.

Si en otro tiempo predicar sobre la realidad de la muerte y su imprevisible acecho llenaba iglesias y confesionarios, hoy una predicación de tal tenor llena antros y discotecas, muy acorde a la vieja sentencia “comamos y bebamos que mañana moriremos”.

Se trata de una desvinculación que la nueva sociedad asume como positiva, como un valor de inusitada eficacia y que, como actitud o instrumento, no debe detenerse ante nada. Esta desvinculación se aplica entonces a las relaciones entre el hombre y Dios: hay que agradecerle que nos dio la vida, pero hacer nuestro propio camino, tras despedirnos, cuando mucho, amablemente de él. Si tal conducta provoca la ira y el castigo divino, ese es un problema de Dios, no nuestro, como tantas veces sugirieron Sartre o Camus en sus abundantes escritos.

Los múltiples matrimonios, que nacen de las desvinculaciones matrimoniales, agudizan la distancia entre la pareja, siempre cambiante; los hijos se acomodan temporalmente con un nuevo padre o con una nueva madre, hasta que salen de la casa y repiten el modelo, actualizando en patrones nuevos la teoría de Paulo Freire en la Pedagogía de los oprimidos, cuando afirma que el esclavo repite el patrón del jefe cuando se le dará la oportunidad.

La mentalidad del *todo me vale...* se va extendiendo por caída libre desde la mentalidad machista y arrogante de un tipo de hombre, así como por los criminales y el mismo hombre de la calle. El cambio de enfoque sobre valores que eran absolutos y que hoy se canjean sin más problemas en los antros, en la escuela, en la política y en los medios de comunicación, pueden desembocar por ejemplo en tomas de calles y territorio público o del mismo parlamento, como hemos visto, justificadas por esta permisividad transgresiva. Si además analizamos el contenido de la televisión pública, desde sus telenovelas hasta los comerciales, llego a afirmar que una nueva constitución del Estado y una nueva biblia se están conformando.

Tomando un comercial que por un cierto tiempo ha bombardeado nuestras casas: *sigue tus instintos*, hay que preguntarse ¿cuál es el mensaje subliminal? El instinto es siempre y tan solo animal y si la televisión puede defenderse diciendo que a final de cuentas lo que pongo en mano al comercial es un *gatorade* o una Coca Cola, yo me pregunto: y si mañana tengo una granada o un cuerno de chivo o una niña que se me antoja, ¿cuál es la diferencia? *Sigo mis instintos*.

Todo lo que sabe a cimiento, a institución sagrada o constitucional, a pesar de la retórica que los políticos o los hombres de la Iglesia anuncian como divino, patriótico o intocable, se pierde en el desierto. El derecho está siendo interpretado y

aplicado por parte de la sociedad en general como instrumento perfecto del perfecto individualismo. Mi derecho personal es universal en este momento. Dentro de un rato puede y debe cambiar, por aquel temor generalizado y vivido como tabú de hacernos dependientes de algo permanente. Todo lo que es vínculo, juramento sin regreso, matrimonio hasta la muerte pertenece ya no digo al pasado, sino se cataloga como conceptos y mandamientos que se tienen que abolir y condenar.

Sin embargo el Estado a lado de perseguir una política económica, tiene a su cargo también la educación y la salud, física, emocional y mental de sus ciudadanos. En este sentido creo, y no me apedreen, que alguien tendrá que poner el bozal a los volcanes del vacío.

Es cierto que delante de una verdadera idea, como decía Karl Marx pasarán los tanques de guerra para aplastarla. Hoy serán las aplanadoras de las emisoras televisivas, que intentarán arrasarla... yo grito: *siembra una idea y nacerá un pueblo*.

Nos tumbarán, es posible, pero habrán tumbado una bandera, no un pañuelo blanco de quien se rindió.

Trata de personas: un eslabón más de nuestra sociedad

Acercamiento antropológico

El procurador de justicia de la comisión antimafia italiana, Falcone, asesinado con toda su guardia del cuerpo hace unos años, había acuñado una expresión que me permito citar y aplicar en este contexto fronterizo mexicano y centro americano: en la lucha en contra del crimen organizado tenemos que *llegar a la cabeza del pulpo, más que intentar cortarle un tentáculo*. El fenómeno de la trata de personas es uno de los muchos tentáculos de un pulpo, que con otra comparación podemos definir la punta de un *iceberg* sumergido, con la diferencia que en este campo el delito se configura en contra de personas, más que de cosas o propiedades, camuflándose de cordero y de fachadas sonrientes. La trata es, en mi experiencia y mi perspectiva, el punto de llegada de todo un camino antropológico y cultural, donde el permisivismo, la globalización, un concepto equivocado de pobreza y de sus posibles soluciones, junto con las varias facetas de la globalización, han llevado a una cierta aceptación de la misma trata a su industrialización.

En la trata nos enfrentamos a la comercialización de seres vulnerables reducidos no tanto a esclavos, sino a *cosas*, que puedo tirar, arrastrar y explotar. No los mato, porque son fuente de un negocio, son andrajos muy baratos, pero bien pagados.

En el pasado los esclavos eran traídos a nuestras costas, hoy en día salen de las mismas hacia el Norte, el Este y el Oeste. Si ahora en lugar de migrantes ponemos posibles candidatas y candidatos a la trata, entonces vamos más allá de la analogía con la esclavitud y entramos en una realidad trágica y cotidiana. Si hasta hace unos años atrás éramos simplemente un tanque de abastecimiento de mano de obra ba-

rata ora parte de estos nuevos esclavos y esclavas lo son por nuestros caprichos sexuales y paranoicos.

Todo es negociable hoy, todo se puede vender y comprar, todo tiene simplemente un precio. Se pueden subastar los chones de Madonna como un cuadro de Matisse o un violín Stradivari. Cuando unos movimientos claman que el cuerpo es de la mujer y puede hacer de ello lo que le dé la gana, aplica simplemente un concepto mercantil que hemos aplicado a otras categorías, tan solo que da un paso más atrevido. En esta carrera mercantilista ya no hay espacio para lo sagrado, ni para fronteras prohibidas: todo se reduce a una inmensa E-bay. Paralelamente a esta mentalidad, los grandes monopolios mediáticos nos han moldeado ya para el espectáculo, nos han llevado a considerar la vida como un paseo lúdico, donde todo sacrificio, dolor, disciplina nos bandidos. Todo es juego, cosquillas de emociones. Nos sentamos delante de la televisión y nos perdimos, entre noticias, tragedias, imágenes, comerciales, mensajes subliminales comiendo un ministrón contradictorio. Te apasiono, inclusive te grito con imagen y palabras. Esto es el nuevo mandamiento de las catedrales del mercado, de las nuevas biblias de Televisa o TV Azteca.

Voy atrás en el tiempo y entro en una esfera mía muy personal. ¿Por qué Dios, poniendo su tienda de campaña en el tiempo y en el espacio lo hace en periferia y muere en periferia? Belén, Nazareth, Galilea y por último Gerusalen, tan solo para ser juzgado, condenado y crucificado ya fuera de los muros de la ciudad, del urbe del ciudadano? El centro ya está ocupado por los reyes de un tiempo y los presidentes de hoy, por los congresos, nuevos Moisés de las tablas de las leyes, por la bolsa de valores, los bancos, los grandes corporativos y, porque no, las catedrales. Ya no hay lugar para Dios y él se retira con los últimos, con todo tipo de rechazado o fracasado en la periferia, donde aun existe una cierta solidaridad.

¿Cómo asombrarnos entonces del anillo roto y sucio de la trata cuando en muchísimos programas televisivos o en revistas masculinas y femeninas se vende y prostituye públicamente a la mujer, al hombre, al niño?

Denunciemos el falso escándalo de quien se rasga las vestiduras delante de unas que otras redadas de trata y de responsables. Hemos hecho de la mujer y del niño, simples objetos de mercado, asociándolos a un perfume, a un carro, a un refresco o a un juguete. En el pasado y dentro de nuestros días hicimos lo mismo con el migrante indocumentado considerándolo simple pieza de un engranaje o el brazo de un tractor.

La trata es también fruto de la vulnerabilidad de las personas. Se hallan en dificultad económica, no tienen acceso a una escuela digna, es el caso de decirlo, viven por debajo del nivel de pobreza con la mayoría de sus sueños, desatados por la televisión y los comerciales, absolutamente prohibitivos y que terminan por volverse cenizas.

Quisiera a este punto retomar la postura trágica de un Hondureño. Me decía este joven padre de familia: “si tengo que morir de hambre y vergüenza en mi tierra, padrecito, prefiero morir dando un paso hacia el horizonte...”. En la misma línea una muchacha centroamericana rescatada de una situación de explotación

sexual y que se negaba a regresar a su tierra, me confiaba: “prefiero aun el burdel a la violación por parte de mi padre, abuelo y sus compas...”.

Los juristas, el hombre común o letrado y me parece unas ONG, que defienden la dignidad de la mujer, destacan con fuerza que la prostitución es una opción libre de la mujer que responde a una demanda dentro de un mercado amplio, aunque algo íntimo y privado. En mi experiencia de tres años como marinero en los barcos cargueros, he encontrado y hablado con muchas sexoservidoras. He conocido en 25 años de seguir la migración en México y en África un sin número de mujeres. Personalmente me niego delante de la afirmación de que la prostitución en una mujer sea una opción libre. La necesidad, el entorno de violencia y corrupción, las trampas de todo tipo hacen de la mayoría de ellas víctimas vulnerables y salir de la prostitución es casi tan difícil como salir de la trata. Me decía una sexoservidora de la zona rica de Génova: “no te asombre nuestro mal hablar. Hasta después de años de esta profesión tenemos que hacernos violencia a través del mismo lenguaje para seguir vendiéndonos...”.

La percepción de la trata en la consciencia colectiva

Parto de la apología de un enganchador de mujeres de trata: “Padrecito no hagas el escandalizado. La prostitución se encuentra en el primer libro de la Biblia. Desde allá hemos venido progresando y el producto tiene que ponerse al tanto como lo requiere el mercado, ofreciendo paquetes siempre nuevos. Mira esta muchacha: era un bulto de andrajos arrimado en su pueblo indígena, sin escuela, sin futuro. Hoy es una muchacha coqueteada, buscada, pagada, una mujer hecha y derecha. A final de cuenta una pequeña esclavitud vale bien el precio”.

Puede parecer cínica la actitud de este enganchador, pero ni tanto. Es otro pedazo de muro que se vino agrietando y desmoronando en la percepción ética de la sociedad. Las fronteras son más y más flexibles en este campo y si las posibles víctimas son pobres, anónimas, indocumentadas o extranjeras, se consideran como el gladiador de turno sacrificado en el juego circense. El drama es apenas un anillo más de una cadena que se vino cayendo en eslabones perdidos desde hace unos años.

La percepción de una impotencia delante del desmorono ambiental y ecológico, la resignación frente a fenómenos que nos rebasan, lo *striptease* continuo, a veces callado otras veces descarado de la sacralidad en sus diversos niveles, desde la privacidad, dignidad y dimensión sexual, han llevado la opinión pública a la indiferencia delante de lo atrevido, de la muerte reducida a números, de buitres que banquetean en la trata con piel humana.

Hay algo más: la hipocresía codificada por la ley, sellada por nuestras asambleas legislativas. Se lo comparto en las palabras de una joven sexoservidora liberada de un antro en un operativo de la Fiscalías especializada de Chiapas. Me decía: “¿Quién decide que en el seno de mi madre alguien puede deshacerse de mí y luego en el seno de la sociedad ya no se me permita que yo sea vendida o abusada? ¿Y quién determina que a los 18 años yo pueda tomar decisiones y hasta los 17 no?”.

En los diversos foros sobre trata en los en que he asistido o participado, hay la tendencia a detenerse sobre el aspecto jurídico, legislativo y represivo de la problemática. Nos quedamos en el campo institucional y gubernamental, relegando el fenómeno al marco jurídico, legislativo y policiaco, una variante más de la criminalidad general. La sociedad asiste como protagonista externa, en la ilusión de ser neutral, a la espera de lo que pasa, repitiendo en las gradas de los Coliseos modernos los gritos de exaltación y el dedo hacia abajo o hacia arriba, para condenar o rescatar nuestras víctimas derrotadas... pero no vamos más allá del juego y de un juego de instintos, donde el poder, el sexo, masoquismo y sadismo se alternan en nuestro subconsciente.

Como en el Coliseo, hemos escarbado una zanja o un cerco de defensa entre nosotros y los actores que están involucrados en el espectáculo al que asistimos, casi para protegernos y mostrar que estamos afuera de aquel recinto... pero nadie puede negar que miramos el juego y somos igual de gladiadores en nuestras fantasías.

Relación pobreza-trata

En nuestra frontera sur de México llegan en su gran mayoría migrantes y muchachas de áreas rezagadas del Sur de México o Centro América, con una educación escolar mínima o nula. La pobreza no es una novedad, y tampoco lo es una pobreza ya estructural. El cambio se da en la percepción de la pobreza como injusticia social, como yugo que tengo que quebrar, porque la sociedad me estigmatiza y me orilla. Se hablaba antes de primer y tercer mundo: nosotros hablamos de quien cuenta y de quien no cuenta.

Hoy la globalización de mercados ha provocado una globalización de conciencia, donde ya muy poca gente acepta ser un Don Nadie, recluso en el papel de Milusos. Nacen así dos vertientes de migración anómala:

- Jóvenes que entran en la migración delincinencial a servicio del crimen organizado.
- Muchachas que optan por la prostitución en sus diversas formas.

Quisiera de entrada hablar de una trata hoy más sutil, más oculta. La vulnerabilidad propia de quien no cuenta, de quien se identifica con una cosa o *res nullius* (propiedad de nadie), empuja la muchacha a buscar la invisibilidad en una trata camuflada, donde entran varios actores.

Empezamos con los padres, sobre todo allá donde la familia está rota, porque no hay matrimonio, sino convivencias que se alternan y donde la muchacha puede ser el primer objeto de abuso por parte del padre, padrastro o familiares. La figura de la madre que defiende casi siempre al conviviente o que para redondear los ingresos solapa y orilla la hija a la prostitución. Varias muchachas entran por desespero al camino que frecuentemente desemboca en la trata, porque salen sobrando en su hogar.

Los victimarios que se presentan como grandes empresarios del espectáculo y enganchan a los padres anticipando dinero que luego cobran con intereses a las víctimas.

La mentalidad de una permisividad transgresiva donde la sociedad considera la trata un paquete más del turismo todo incluido. Esto se refleja como último anillo en una tolerancia y connivencia de las corporaciones policiales hacia el *business* de la trata. Se consideran estas muchachas sin derechos... olvidando que una persona nace con derechos, aunque sea desnuda y sin palabra.

Tenemos que superar la división entre responsabilidad del gobierno y responsabilidad de la sociedad civil. Todos estamos involucrados.

Hoy las víctimas de la prostitución transnacional aceptan conscientemente la nueva esclavitud, pero con un detalle importante: han aprendido que todo es negociable y así ellas también negocian lo único que aún les pertenece: su cuerpo... volviéndolo una *body card*, que substituye documentos, dinero, una identidad cultural que nunca les han reconocido.

La vulnerabilidad devastada

Las víctimas de trata que he conocido se me han acercado con un tejido psicológico y humano que ha alcanzado su última estación sin retorno. Años de vivir como topos que apenas sacan la cabeza para meterla luego luego, acaban por devastar una persona frágil, que ha vivido toda su vida al margen y termina huyendo de sí misma. En nuestro acompañamiento psicológico este es el primer grande escollo: *no soy nadie, huarache que se usa y se tira*. Cuando un individuo llega a esta concepción de sí mismo, puede asumir cualquier otra máscara, desde el bandido hasta el homicida y pueden volverse minas vagantes dentro de nuestras comunidades.

Tenemos que superar la *vulnerabilidad estructural*. Es una vulnerabilidad que tiene muchas facetas y muchas raíces: una de ellas es un subdesarrollo y una pobreza que ha perdido hasta su dignidad.

Una chica aún que sea pobre, de categoría considerada inferior, perteneciente a una raza discriminada, pero con un cuerpo que puede ser vuelto objeto de mercado, se convierte en un valor monetario para aquella sociedad que compra y para la sociedad pobre o discriminada que vende y cobra. Si es cierto que el concepto de delito ha acompañado hasta nuestros días unas tipificaciones criminales (como el homicidio) es también muy cierto que otros se han ido maquillando como en una cirugía plástica, mascarando la conciencia de delito. La trata de personas, como la percibo, se está transformando en una actitud cultural con dos barreras opuestas, así como ha pasado por la droga. Por un lado, los liberales que llegan a permitirla como mal menor y partiendo de la libertad individual que haga sus opciones. Por el otro los rigoristas, si queremos llamarlos así, que por ideales religiosos, éticos o humanitarios se oponen a todo el abanico. El permisivismo moral (léase aquí sobre todo el sexual) y ético con el concepto de *business is business* está justificando en

muchos una evaluación neutral hacia la trata. A final de cuenta si la otra parte está de acuerdo, se razona, es su problema, no hago daño a nadie, le echo una mano para que salga de su pobreza.

Una famosa portada del semanario Times, hablando de los indocumentados que cruzaban por el desierto, salió hace unos años con un título muy significativo: *The invisible borders...*

El articulista ponía en primera plana la frontera de California con Tijuana como la frontera más transitada del mundo en términos de personas y mercancías. Los noticieros, la prensa, las películas se enfocan casi exclusivamente sobre esta fachada. El desierto donde cruzan miles de indocumentados cada año, donde unos centenares entierran su vida, sin siquiera una cruz que los recuerde pasan desapercibidos.

Hoy podemos mudar aquella portada del Time y darle como título: *The invisible people* y aplicarla a las víctimas marginalizadas del derecho y si me permiten un término más cercano a mi experiencia con los migrantes detallaría así la portada aplicada a la trata: las indocumentadas del derecho. Hay muchas invisibles en medio de nuestras instituciones.

Necesitamos denunciar la tentación de borrar la vista, penetrar y desnudar la conciencia colectiva y desenterrar a los muertos de nuestra memoria.

Conclusión

Este vistazo sobre el Estado de derecho que baja del ámbito legislativo y deontológico al plan cotidiano dentro de un marco histórico, social, cultural y sujeto a los cambios repentinos de la colectividad, nos recuerda la necesidad de anclar el derecho sobre bases éticas y de amplias convergencias, para poder superar las crisis que cíclicamente se dan en nuestro caminar en la historia.

Estamos en una marcha donde la adioforía está moliendo nuestras relaciones sociales. Es necesario crear organismos que puedan detener la justificación de quitar unos derechos bajo la emotividad, un acontecimiento excepcional o el irrumpir de una nueva ideología o visión religiosa. La supresión de un derecho a cualquier categoría bajo esas circunstancias, se convierte *ipso facto* en un principio ontológico del derecho que según la misma lógica se puede aplicar a todo el abanico de la persona humana. Al tiempo de Hitler eran los judíos y los locos y enfermos terminales, hoy pueden ser los condenados a muerte o los asesinados en nuestra memoria, mañana pueden ser niños, mujeres, enfermos, infractores. El genocidio del derecho se vuelve siempre genocidio de nuestra humanidad.

Termino mis reflexiones algo esparcidas y tambaleantes con dos poesías que escribí a lo largo de mi experiencia con muchachas de trata y la mujer en general.

P. Flor María, C. S.

A TI, HERMANA PROSTITUTA

A ti mujer de barro,
a ti niña violada,
a ti mujer de sueño
a ti niña de maldición
me acerco hoy bañado de silencio.

Te he visto en la calle,
te movías en la banqueta,
te vislumbre en una cantina,
me hiciste señas detrás de una fogata.

Pienso en ti condenada al amor,
pagada para ser violada,
chancla de nuestros caprichos,
mercancía de la vergüenza.

Contigo lloro,
mirando tus pechos
colgados de labios profanos,
tu útero basurero de nuestro machismo.

Siento tu soledad,
herido contigo por una sonrisa vacía,
por palabras de mentira,
aplastada por vientres abultados,
desconocidos y prostitutos.
Un día llegaste a besar
los pies de un Maestro;
lo enjuagaste de llanto,
lo cubriste en la soltura
de tu pelo entregado al viento...
y los dos fueron amor y misericordia.

A ti y a tus hermanas
vaya mi saludo,
prostituta de la calle,
del puerto y de los trailers;
a ti amante del Boss,
a ti ejecutiva de las transnacionales;
a ti miss universo, encuerada por las luces de reflectores

y sobornada por el jurado de belleza;
a ti actriz del espectáculo,
vendida en las pantallas
de nuestras Babilonias;
a ti maniquí desnudo de la moda,
a ti mujer prostituida por una Coca,
o el comercial de una llanta;
a ti mujer degradada en los barrios de miseria;
a ti elegancia hipócrita de la alta clase,

A ti mujer anónima,
gemido de transparencia,
anhelo de maternidad y virginidad,
imagen de mi madre,
vaya mi saludo.

Yo me acerco hoy a tus pies,
arrodillado te pido perdón
por todo pecado, mío y de mis hermanos.
Remonto el tiempo
y el recuerdo de un puerto sureño
me lleva al oído
el gemido de tu profecía:

“macho, no mates en mi a un Dios
que me escogió como tienda de su amor...”

FRUTO CODICIADO

Para una muchacha de trata sin nombre ni rostro

Nunca supe tu nombre...
para muchos eres una muñeca más,
un arete que se cambia
un huarache que se tira.

Te vislumbré detrás de una cortina:
tu silueta desnuda y caída
colgaba de un bulto varonil.

Volví a verte desnuda
en la lupa de un fotógrafo

en aquellas revistas
donde tú y bestias raras están en el mismo corral.

Te sorprendí en un raro momento
de tu soledad:
habías vuelto tu infierno
un rincón de paraíso...
por lo menos en tus sueños prohibidos.

Te habías puesto tu prenda de novia
sin que nadie llegara a pedirte:
bailabas sola delante de un espejo
contemplabas tus formas
danzar como gaviota de altura.

La tuya fue la única mirada casta
sobre tu cuerpo
y tal vez la otra había sido
la de tu madre.

Dime: ¿qué es la libertad para ti.
el amor, el hombre, la vida?

No me contestes:
ya te levantaste en vuelo
libre de toda cadena...
has inventado la fiesta
más allá de nuestras muertes.